

# AGENTES DE DREAMLAND

CAITLÍN R. KIERNAN

Traducción de María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Agents of Dreamland*

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Caitlín R. Kiernan

Cover photograph © Getty Images

Cover design by Christine Foltzer

© de la traducción: María Pilar San Román Navarro, 2018

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-073-5

Depósito legal: M. 4.956-2018

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Para Kathryn*



*En algún momento tendrás que comprender  
que una respuesta y una solución no son la misma cosa,  
y a veces una historia no es más que una excusa.*

Nic Pizzolatto\*

---

\* De *La profundidad del mar Amarillo (Between Here and the Yellow Sea)*, ed. Salamandra Black, traducción de Maia Figueroa. (Todas las notas a pie de página son de la traductora.)



## 1. Local 171 de los Oddfellows\* (9 de julio de 2015)

La escena es la siguiente: jueves por la tarde, el Guardagujas está sentado fumando y bebiendo pausadamente un Dr Pepper Zero ya sin gas, permitiéndose dejar escapar un contenido suspiro de alivio cuando el crepúsculo por fin se abate misericordiosamente sobre el desierto. El cielo resplandece sobre la calle West Second como si de nuevo estuviéramos en 1945 y en el proyecto Manhattan se hubiesen equivocado y detonado la bomba del ensayo Trinity a un estado de distancia del campo de pruebas de White Sands. O como si ese fuera el momento cincuenta mil años atrás, piensa el Guardagujas, en el que un inmenso meteorito de níquel y hierro pulverizó manadas de mastodontes, caballos y gigantescos perezosos terrestres a tan

---

\* Oddfellows es una sociedad masónica de carácter filantrópico con miembros en más de treinta países de todo el mundo.

solo veinticinco kilómetros al suroeste de esta pequeña cafetería de mierda con asientos de polipiel agrietados y ventanas sucias. Al Guardagujas le parecen ajustados cualquiera de los dos símiles; en ambos casos, el cielo se está desplomando. En ambos casos, el símil es totalmente pertinente. Vuelve a comprobar la hora en su reloj de pulsera, ve que tan solo han transcurrido siete minutos desde la última vez y retoma la contemplación, a través de la ventana, de sombras y fuego compitiendo por el control del lúgubre y asolado corazón de Winslow (Arizona). Su rostro duro le devuelve la mirada desde el cristal, fácilmente diez años mayor que lo que indica la fecha en su certificado de nacimiento. Profiere una palabrota, apaga el cigarrillo y enciende otro.

No es que ella llegue tarde. Lo que pasa es que el tren de Los Ángeles lo ha dejado en este cubil lleno de escorpiones y baratijas navajas a las 6.39 y, para las 7.15, cualquier encanto que pudiese tener esta desolada población se ha agotado y consumido. ¿Qué coño se puede decir de un lugar que solo es conocido por ser mencionado en una canción de los Eagles? Al llegar ha cogido una habitación en el hotel La Posada, la famosa obra maestra de terracota y estuco de Mary Colter, pero al rato ha descubierto que no conseguía conciliar el sueño. Ha encendido la radio y tratado de leer un libro que había traído, pero le ha resultado imposible concentrarse y ha releído una y otra vez los mismos párrafos. De modo que ha pasado el día rondando por las calles —inquieto, sudoroso, medio cegado por el sol, desgastando los tacones de sus zapatos *oxford* adquiridos en unos populares grandes almacenes y, de tanto en tanto, entrando en algún establecimiento a tomar un re-



fresco, para a continuación salir y adentrarse de nuevo en el bochorno—. Deseando emborracharse, teniendo que mantenerse sobrio. El aire abrasador apestaba a polvo y creosota, y ha visto a los policías locales observándolo, sus mentes chasqueando como langostas. *¿Quién es este espantapájaros de traje barato y gafas de sol Ray-Ban que el Southwest Chief\* ha tenido a bien dejarnos en el portal?* De no haber sido por el largo brazo de la Compañía lo más probable es que lo hubiesen arrestado por vago o maleante —o por cualquier otro motivo—. Pero toda su documentación está en regla, está fetén, por así decir, por muy extraoficial y secreto que pueda ser este encuentro. Albany no va correr ningún riesgo, no esta noche. No cuando Y ha considerado oportuno enviar a la reunión a alguien como Immacolata Sexton.

La camarera se acerca a su mesa de nuevo y le pregunta si desea algo más, otro refresco o tal vez un trozo de tarta. La hay de merengue de limón, le dice. Y de arándanos. A él le parece una chica bastante bonita, a pesar de la fea cicatriz sobre el ojo izquierdo, una chica bonita que ha escapado de los suburbios de alguna ladera de Heroica Nogales para servir hamburguesas con queso y huevos rancheros en este grasiento tugurio gringo. Aunque, bueno, es un trabajo, ¿no? Mejor que cualquiera de los que tuvo su madre, una mujer que murió a los cuarenta y tres años tras veinticinco en un taller textil cosiendo marbetes en pantalones vaqueros. El Guardagujas conoce la historia de la camarera, igual que conoce la de los dos cocineros y el friegaplatos, igual que conoce los nombres de las tres hijas del pro-

---

\* Línea de tren de alta velocidad que une Los Ángeles y Chicago.

pietario. Cada detalle que *no* conoce es un punto ciego, una debilidad que no se puede permitir y que no tolerará.

—*Estoy bien, gracias\** —dice, pero no pide la cuenta.

De vuelta en la barra, la camarera lo mira por encima del hombro, y él percibe una chispa de recelo en sus ojos. Comprueba de nuevo la hora en su reloj.

Y entonces el cencerro de latón clavado encima de la puerta de la cafetería tintinea, y él levanta la mirada justo cuando hace entrada una mujer alta y pálida. En la mano izquierda lleva un maletín de fibra de carbono marca Zero Halliburton. Durante un segundo, él tiene la impresión de que hay algo en pos de ella, como si la inminente noche se hubiese trabado a sus hombros, enredado en el cabello corto y negro, y no estuviera dispuesta a soltarla. Pero es una impresión pasajera, y él se endereza un poco en el asiento, tira nervioso de la corbata y la saluda con la cabeza. Con las historias que ha oído se podría escribir un grueso superventas, pero él nunca creyó que fuera a llegar a encontrarse cara a cara con esta mujer. Immacolata Sexton está muy lejos del hogar.

Ella se quita las gafas de sol, y él desea que no lo hubiese hecho.

—Tienen tartas —le informa mientras ella se acomoda en el asiento frente al suyo—. De merengue de limón. Y también de arándanos. Bienvenida a Winslow.

En su trabajo uno nunca debe inmutarse. La letra pequeña lo deja bien claro.

—Al principio no le había visto —dice ella—. Se me ha pasado por la cabeza que a lo mejor me había dado plantón.

---

\* En español en el original.

La mujer tiene un rastro de acento de la zona sur de los montes Apalaches (del norte de Alabama o del este de Tennessee), y una peculiar manera de mover los labios que produce la impresión de que apenas se movieran. Un poco como ver trabajar a un ventrilocuo.

—¿De veras le ha sucedido eso alguna vez? —inquire él mientras apaga el cigarrillo, a medio fumar solo, en el platito que ha estado utilizando como cenicero.

—Alguna vez, pero nunca dos veces la misma persona. ¿Se puede fumar aquí? —pregunta señalando el platito y las colillas.

—Nadie me ha dicho que no fume y tampoco veo ningún letrero. Así que lo interpreto como un sí.

La camarera regresa, y el Guardagujas sabe que lo que *ella* ve al mirar a la agente de Y a los ojos no es lo mismo que *él* ve. Los civiles tienen suerte. Immacolata pide un café.

—Reconozco —dice ella una vez se ha marchado la camarera— que sentí un cierto escepticismo cuando me enteré de que le habían asignado al caso. Después de lo de Maine y todo eso. Según los rumores, gran parte de la culpa de ese desastre recae directamente sobre sus hombros. Dicen que fue usted quien tardó tanto en tomar en serio la situación, que fue usted quien no prestó la debida atención a las señales de alarma.

—¿Los rumores pasan hoy en día por información en Barbican Estate?

Ella se encoge de hombros y enciende un Marlboro; el humo forma volutas alrededor de su rostro.

—Bueno, eso es lo que he oído. Da igual.

Arremete de primeras con lo de Maine, cómo no. Un fuerte gancho de izquierda y toda la pesca, hacerle perder el

equilibrio y tambalearse desde el principio. Como si tenerla ante los ojos no fuese más que suficiente. Huelga decir que su propia cabeza está llena de rumores asociados al rostro de ella, pero no es tan tonto como para empezar a sacarlos a colación. No es tan tonto como para plantearle ninguna de las docenas de preguntas que le pasan por la cabeza.

*¿Es cierto lo que se cuenta de su madre?*

*¿Y lo de su padre?*

*¿Y lo de Berlín y la noche en que cayó el Muro?*

El Guardagujas se frota los ojos y vuelve la cabeza hacia el amplio ventanal de la cafetería y los últimos restos del ardiente crepúsculo. Al otro lado de la calle, junto a un cine cerrado y fenecido, dos agentes están vigilando como si fuesen descartes de un episodio de *El hombre de CIPOL*. Han venido con ella, a pesar de que el trato era que ambos acudiesen solos, sin séquito, sin refuerzos, sin puto club de fans; y él ha cumplido su parte del acuerdo. ¡Que le den! No gana nada con montar un número, no a estas alturas. Él está aquí, ella está aquí y, chaval, la única manera de salir es continuar todo recto hasta el amanecer. La camarera de Heroica Nogales se ha vuelto a acercar a la mesa y está charlando con Immacolata, sirviéndole café, y él cuenta los interminables segundos hasta que vuelven a quedarse solos.

—Toda precaución es poca —señala ella, mientras se pone sacarina y da vueltas al café. La cucharilla tintinea ruidosamente contra la loza.

*¿Es cierto lo que se cuenta sobre la noche en que usted nació?*

—¿Qué tal el viaje desde Los Ángeles? —pregunta ella—. Llevo mucho tiempo sin ir en tren a ningún sitio.

—Discúlpeme, señora Sexton —dice él cogiendo el último cigarrillo de la arrugada cajetilla de Camel Wides que

ha comprado al mediodía—. El palique nunca se me ha dado demasiado bien. No es nada personal, solo que...

—Relájese —lo interrumpe ella, con una voz tan dulce como la miel, juraría él—. Estamos del mismo lado, ¿no es así?, unidos por una causa común.

*¡Qué ojos tan grandes tienes!*

—¿Camaradas de armas? —añade ella.

—Eso me dicen —mascula él alrededor del filtro mientras enciende el cigarrillo. Le da una profunda calada y retiene el humo hasta que los oídos le empiezan a pitar.

—Bien, de acuerdo, yo he traído todo lo que tenemos sobre Standish —dice ella, cambiando radicalmente de actitud en un abrir y cerrar de ojos; la extraña criatura llegada de las ya menos abrasadoras calles de Winslow de pronto se pone seria y entra en materia, despojándose con toda facilidad de una máscara y poniéndose otra—. Desde que Barbican dio el visto bueno la semana pasada hemos tenido trabajando duramente a un millón de diligentes monos con un millón de archivadores. Bien, usted primero. Enséñeme lo suyo y luego le enseño yo lo mío.

*¡Pero qué orejas tan grandes tienes!*

Él duda tan solo unos segundos antes de llevarse la mano a la chaqueta y sacar un sobre de papel marrón, de quince por veinticinco centímetros, con manchas de sudor, un pliegue por la mitad y las esquinas dobladas.

—Siento si mi paquete no es tan grande como el suyo, pero andamos escasos de monos...

—¿En Hollywood? —dice ella sonriendo burlescamente— ¿Espera que me lo crea?

El Guardagujas esboza una sonrisa forzada, abre el sobre y extiende su contenido sobre la mesa que los separa. Diez

fotografías en brillante blanco y negro, una carta de tarot, una memoria USB y una moneda de oro antiquísima. A primera vista, las imágenes podrían haber sido tomadas por un forense aficionado a la fotografía en el escenario de un asesinato cualquiera. Pero solo a primera vista. Immacolata mira al Guardagujas, apaga el Marlboro en el improvisado cenicero y toma una. Le da la vuelta y examina un momento el dorso, en el que alguien ha garabateado con tinta roja indeleble una fecha, una hora y un número de caso, junto con varios símbolos enoquianos; la deja y coge la carta de tarot.

—El Mundo —dice—. La bailarina busca representar el logro último del hombre, la fusión del consciente con el inconsciente, y la combinación de esos dos estados con el superconsciente. El Mundo simboliza el estado máximo de conciencia cósmica, el objetivo final al que nos ha llevado el resto de cartas (bueno, los Arcanos Mayores). *Der Übergeist*.

—Joder, de veras espero que tenga algo más para mí aparte de lo que podríamos encontrar en internet.

—Es usted un hombre impaciente.

—En este caso vamos muy pillados de tiempo. El mayor acercamiento de la *New Horizons* a Plutón se producirá dentro de cinco días. Así que discúlpeme si parezco tener prisa; venga, no sea mala...

Immacolata vuelve a dejar la carta en la mesa, boca abajo, y elige otra de las fotografías. Él repara por primera vez en los dedos tan largos y delicados que tiene; tan frágiles que casi parecen poder quebrarse como ramitas.

*Tal vez sea así. Tal vez un día tenga oportunidad de comprobarlo.*

—¡Dios! —musita Immacolata mientras se pasa la lengua por los labios lívidos.

*¡Que dientes tan grandes tienes!*

El Guardagujas coge una de las fotografías, aquella en la que se ve su propia sombra, aquella en la que algún efecto óptico de la luz hace que el cadáver parezca estar sonriendo. Cada vez que las mira, cada vez que las toca, se siente sucio. Se sometió al proceso de descontaminación junto con el resto del equipo de primera intervención, pero le basta volver a ver estos recuerdos de ese espectáculo de horrores para acordarse de que algunas manchas calan hasta el alma y nunca se van.

—¿Hasta qué punto está el asunto bajo control? —le pregunta Immacolata enarcando una ceja depilada hasta quedar tan recta y fina como un corte hecho con un papel.

—Ahí lo tiene todo, con lo del suicidio colectivo —responde él señalando los contenidos del sobre esparcidos por la mesa de formica.

—No, no le estoy pidiendo que me repita lo que está escrito en los informes. No he venido aquí a entrevistarme con un papagayo.

El Guardagujas clava la mirada en la punta de su cigarrillo, deseando que este encuentro estuviese celebrándose en un puñetero bar como Dios manda, en algún lugar donde pudiese tomar un trago de Johnnie Walker Etiqueta Negra o de J&B. Tiene la boca tan seca como la salvia y los áridos barrancos que esperan ahí fuera, justo donde termina el resplandor halógeno de las farolas.

—En cierto modo hemos tenido suerte —dice él—. Tenemos la geografía de nuestra parte, habida cuenta de la ubicación de la zona caliente.

—Eso no es lo que le he preguntado —se queja ella.

—¿Ha estado alguna vez en el mar de Salton, señora Sexton? El asunto está controlado de puta madre, ¿vale? A

los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades se les pondría dura al ver lo cojonudamente controlado que está. Hasta el puto Steve Jobs nos felicitaría por lo bien diseñada que está la pantalla que hemos montado.

Él mismo percibe la irritación en su voz, acerada como un filo, y le cabrea que la mujer esté consiguiendo alterarlo.

—¿Le estoy poniendo nervioso?

Ni de coña piensa responder a esa pregunta, ni por un centavo bañado en oro.

—El rancho Luz de Luna está a unos cinco kilómetros al norte de Bombay Beach —dice en lugar de contestar—. En un desvío de la Ruta 111. La única manera de entrar o salir de él es una carretera sin asfaltar, poco más que un camino para ganado. El bloqueo no tiene resquicios.

—¿El rancho Luz de Luna? ¿Qué es eso? ¿Otro de los nombres en clave ultrasecretos de Watertown? —Y ahí está de nuevo esa sonrisa de suficiencia tirando de las comisuras de la boca e iluminando sus ojos.

*Darí a cien pavos por un chupito de whisky de centeno, piensa él mientras traga con dificultad. Darí a un millón por volarle los sesos.*

—No, simplemente es como lo llaman los lugareños, y como lo llamaban los seguidores de Standish.

—Bien, me está empezando a venir a la cabeza un barullo de reminiscencias de Charlie Manson —dice ella—. El rancho Luz de *Luna, el rancho Spahn\**, nombres apropiados para los rediles donde encerrar a todos esos borreguillos estupefactos. Cruzaremos la información a ver si salta algo.

---

\* La «familia Manson» se instaló en el rancho Spahn, abandonado tras haber sido utilizado para rodar películas del oeste.



Sabe que contamos con que se nos autorice el acceso a la zona en cuarentena, ¿verdad?

—Albany ya se lo esperaba. Dispone de una habilitación de seguridad del más alto nivel y ya se le ha asignado un responsable.

Immacolata asiente con un cabeceo, luego se recuesta en el asiento y se queda observando la foto que sostiene entre sus dedos de alabastro. Él ni siquiera está seguro de cuál es: la sujeta de tal modo que le impide ver el número impreso en el dorso.

—¿Y han desplazado micólogos al lugar? —pregunta ella antes de dar un sorbo al café.

*¡La madre que la parió!, es tan fría que congelaría el azufre del infierno... Como esta mujer te coja ojeriza, la pena capital se te antojará un acto de misericordia.*

—Sí, claro. Hemos traído personal de Duke y de la Universidad de Michigan, y les hemos montado un laboratorio con tecnología punta allí mismo. Andan hablando de micosis cutánea y subcutánea, hiperparásitos, agentes patógenos oportunistas, criptococosis, aspergilosis, hongos entomopatógenos y putas hormigas zombis —le dice a Immacolata Sexton, recitando de un tirón retazos que recuerda de las sesiones informativas de los miércoles por la mañana; no es que esté tratando de impresionar a la agente de Y, tan solo es algo que decir, toda esa jerigonza. Y ahora mismo se siente mejor diciendo algo que callado—. Dios, ¿había oído hablar alguna vez de esas putas hormigas zombis?

Ella hace caso omiso de la pregunta y él continúa:

—Pero ellos tampoco habían visto jamás una mierda así. Y no hace falta un loquero para darse cuenta de que están alucinando por un tubo.

Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Supongo que nadie habrá sido tan negligente como para siquiera mencionar lo de Vermont o lo del embalse de Scituate... —dice sin apartar los ojos de la fotografía.

—A pesar de lo que pueda creer, no somos gilipollas del todo. Aparte de que, cuando terminen, tampoco es que vayan a llevarse sus recuerdos intactos.

—Eso ni pensarlo —dice ella mirándolo por encima de la fotografía y llevándose el dedo a los labios.

—En cualquier caso, eso es lo que he traído yo y creo que ahora es su turno —dice el Guardagujas señalando el maletín con un encallecido pulgar.

Ella asiente con un cabeceo y vuelve a dejar la fotografía del rancho Luz de Luna sobre la mesa.

## 2. Palabras escritas del revés (29 de junio de 2015)

Drew me está hablando, cuchicheándome al oído, aunque ni siquiera está presente. Es mediodía y estoy de pie en la oscuridad de mi propia sombra —la única oscuridad que queda en el mundo—, oteando el desierto, más allá del arroyo Salt Creek, la irregular y difusa línea gris violácea que las montañas Chocolate dibujan entre el cielo y el marrón sin fin del inhóspito valle Coachella. *Contempla el reino del caliche y los lagartos cornudos*, había dicho Drew (y se había echado a reír) mi primer día como moradora de este lugar tras haber sido vomitada por el mar de Salton sobre la orilla. El día en que de pie sobre el ardiente tejado de zinc por primera vez fui siguiendo esa veleta que era su dedo. Desde allí —desde aquí mismo—, mis ojos se dirigen hacia el este, alcanzo a ver hasta los picos y cordilleras de frágil esquisto que se alzan sobre océanos precámbricos. Si fuerzo la mirada y, venga, todavía la fuerzo más, tal y como me han enseñado, alcanzaría a ver

mucho más lejos, más allá de lo que unos simples ojos pueden discernir, otras cordilleras y quizá hasta el valle de Palo Verde y la ciudad de Blythe, donde el desierto es maltratado para conseguir que crezcan verdes plantas que nos alimenten y resulten placenteras a la voluble mirada de los hombres. En Blythe hay árboles. Recuerdo haber visto árboles.

Drew se ha marchado hoy por cuestiones de trabajo, y Madeline lo ha acompañado, y a mí me han dejado aquí, sola conmigo y con los demás, y con el chisporroteo de mi cerebro en este cráneo humano, una frecuencia de resonancia que encaja a la perfección con el ruido blanco, esa señal aleatoria poseedora de una fuente de energía inagotable, ese desfile de variables aleatorias discretas sin correlación estadística (varianza finita, media cero). Estos pensamientos retozan sobre las alas de insectos que zumban por el interior del panal hexagonal del único ojo de mi mente, vaciándome, mientras el sol me quema hasta dejarme del mismo tono terroso del desierto. Abajo, detrás de los caparzones de camiones y coches fenecidos que conforman un herrumbrado jardín en el exterior del rancho, el termómetro digital marca cuarenta grados. Ha refrescado. Aquí arriba, restregándome contra la panza del cielo, debe de hacer mucho más calor. Pero la salvación me ha llevado navegando más allá de todo temor a una conflagración.

«Ya está tan cerca», nos dijo Drew a todos anoche. «De verdad que no tenéis ni idea de lo maravilloso que será. Lo juro por mi vida. Bo y Peep, Doe y Ti\*, porque vosotros sois los Hijos del Siguiete Nivel».

---

\* «Bo y Peep» y «Doe y Ti» eran algunos de los nombres utilizados por los fundadores de la secta suicida Heaven's Gate (la Puerta del Cielo), cuyos treinta y nueve integrantes se quitaron la vida en 1997.

Su voz ablanda la carne y el lodo de mi corazón.

«Creo que nosotros somos los comunistas más puros que existen», dice Drew. «Traslación, evolución, metamorfosis, dicha en el hielo eterno y la negrura del cinturón de Kuiper transneptuniano, y vosotros coméis de mi propio cuerpo, y danzaremos con pies ligeros por las inmensidades etéreas para liberarnos de los falsos Cristos».

Ni medio entiendo lo que dice ni finjo entenderlo. Comprendo sin una comprensión perfecta. Eso es algo que él me ha enseñado. Puedo quitar el tapón, inhalar profundamente y llenarme con los dones de los dioses que nunca fueron dioses. Antes, cuando vivía en la vieja Ángeles Perdidos\*, antes de mi liberación en esta terrosa y profunda planicie californiana llena de lagartos, serafines de cascabel, montaraces obispos felinos y corre caminos, me chutaba dulce heroína afgana en mis brazos podridos y entre los dedos de pies y manos, pero ahora soy libre. *Si crees que esto no es el Paraíso, si crees que esto no es el Edén, mejor dale otra pensada, mi pequeña. Dale otra pensada.* Drew es un titán. A un titán se lo reconoce por los truenos en sus entrañas y el fuego en sus labios resecos.

Cenamos serpiente de cascabel y té verde caliente, y Drew Standish nos dice que los últimos días ya están aquí. Acampamos en el umbral de la casa, encendemos el aparato de televisión, ese gigantesco Zenith de 1975 en su mueble de madera sintética veteada, y lubricamos los tubos de imagen. Aquí el cacharro no recibe emisora alguna, no necesita una de esas antenas que parecen orejas de conejo.

---

\* Sobrenombre de la ciudad de Los Ángeles que se basa en la similitud del artículo «los» con la palabra inglesa *lost*, «perdidos».